Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

87 ¡¡¡Ezeiza!!! (II)



Suplemento especial de
Página|12

LA TEORÍA DE LOS 300 METROS

Cada uno fue a Ezeiza a su modo. Pero el sentido de la jornada era el de la alegría del "reencuentro del Pueblo con su líder". El líder había salido de Madrid, alto, siempre el pelo negro (nunca dejó de darse "la Carmela"), serio y acompañado por el Generalísimo Franco. Algo que la Jotapé debía explicar a la izquierda no peronista con el maravilloso concepto de "táctica". Perón, acompañado por Franco, era "táctico", no "estratégico". Además, si Franco se lo había ofrecido, ¿cómo habría de negarse? Ese par de conceptos que Perón entregó al Movimiento por él creado le fue muy útil de la juventud peronista. No había discusión en que no apareciera. Macana que Perón se mandaba: "Eso es táctico". Se mandaba otra: "Es táctico, viejo. Entendé, táctico". Si se mandaba una de esas formidables cagadas, ya imposibles de explicar: "Ustedes nunca van a entender el peronismo. No es –como decía Cooke– la revolución con escuadra y tiralíneas. Eso quieren ustedes. La revolución no es lineal. Y Perón lo sabe muy bien". Tan bien lo sabía que hasta Franco –en la despedida– pudo decirle: "El programa justicialista coincide con el que los españoles hemos tratado de cumplir durante las últimas décadas" (Anguita y Caparrós, *ob. cit.*, p. 118). Ahora el viejo líder sube al avión y parte rumbo a la patria en que lo esperan entre 2 millones, 2 millones y medio o 3 millones de personas. Ezeiza es la concentración de masas más imponente de nuestra historia. ¿Qué fue a buscar ese pueblo, qué esperaba? "Pueblo" es un concepto muy totalizador. Los matices de la masa que fue a Ezeiza eran infinitos. "Bajo un poste de alumbrado, un grupo de collas bailaba al son de un par de quenas. Entrevistada por un periodista de Canal 7, una tucumana de veintipico con poncho decía que había llegado desde Lules para ver al General:

–Yo no lo conozco pero es como si lo conociera desde siempre. Nosotros somos pobres, sabe, pero lo poco que tenemos nos lo dio él. Ojalá viva doscientos años.

"Puestos vendían choripanes, gaseosas, café; en alguno se podía conseguir una damajuana de tinto, hasta que las patrullas con brazaletes verdes de la Juventud Sindical Peronista lo descubrían y se lo requisaban" (Anguita y Caparrós, *ob. cit.*, pp. 118/119). A esta fiesta –como veremos– no todos fueron con inocencia y felicidad. Sólo con eso. Porque no hacía falta más. La derecha fue armada hasta los dientes y lista para cualquier enfrentamiento armado, de la envergadura que fuere. Y los Montoneros, que habitualmente son pintados como las víctimas inocentes de la masacre, fueron con un plan político basado en la potencia movilizadora. Analizaremos –por supuesto– esta cuestión hasta su último detalle. Pero dejemos caer ya unas palabras increíbles de Firmenich, que revelan hasta qué punto era un inconsciente de lo que podía confesar en un reportaje. A Felipe Pigna –muy tranquilamente– le dice: "Nosotros sí fuimos con un plan político bien deliberado, que cumplimos, que *era copar políticamente el acto*. Ya estaba planteada una lucha político-ideológica entre los sectores ortodoxos y conservadores del peronismo y los sectores revolucionarios del peronismo y, en esa lucha, la definición del proceso dependía de la posición que tomara Perón" (Pigna, *Lo pasado, pensado*, ed. cit., p. 226. Las cursivas me pertenecen). Hábilmente, Pigna hace seguir la afirmación de Firmenich de una en que Bonasso postula la inocencia y la victimización de la Orga: "No hubo una confrontación en Ezeiza, como ha dicho toda la prensa canalla de la República Argentina. Nuestra gente fue desarmada. No hubo confrontación, hubo asesinato, hubo masacre" (Pigna, *ob. cit.*, p. 226). Como no creo pertenecer a la "prensa canalla de la República Argentina" me voy a permitir decir, querido Miguel, que sí, que hubo confrontación. No armada. Peor todavía. El genial estratega al que ustedes inexplicablemente seguían los mandó al muere. A copar el acto. ¿Se conoce esa frase de la guerra: "carne de cañón", no? Se refiere, centralmente, a la infantería. Son los que van al frente, tratando de abrir alguna brecha entre las tropas enemigas. Firmenich usó a la gente para "copar" el acto. ¿Qué pensó que harían tipos como Osinde y Brito Lima? Además, *no se va a un acto a coparlo, se va a darle un contenido*. Todos los que ya cargamos nuestros años conocemos esto desde siempre. *Se le llamó la teoría de los 300 metros*. Había que copar los 300 metros alrededor del palco. No es la primera vez que digo esto. Lo dije desde el 21 de junio de 1973. Es una de mis principales objeciones a la conducción de Montoneros. Recordemos las palabras que citamos de Horacio Verbitsky: "Muchas veces me he preguntado cómo fue posible que personas de notable aptitud e incluso brillo intelectual se sometieran a los dictados de un liderazgo paupérrimo" (*Nota:* Cristina Zucker, *El tren de la victoria*, ed. cit., p. 9. Esta es una cuestión fundamental. ¿Cómo pudieron Walsh, Gelman, Urondo, Oesterheld no ver lo evidente? Muchos me dicen hasta dónde el propio Horacio no se incluye en la pregunta que él hace. No sé hasta qué altura de los hechos estuvo Verbitsky en Montoneros. Supongo que si hace esa pregunta su actitud habrá sido distinta de la de otros. El tema es muy importante y lo trataremos de analizar sobre todo a propósito de Rodolfo Walsh. ¿Por qué hace tan atinadas críticas recién a fines de 1976? ¿No se podía ver antes eso? Perón venía rodeado de asesinos, pero la conducción de Montoneros deliraba por su cuenta. ¿Cómo a alguien se le puede ocurrir copar el acto? ¿Cómo es posible dar esa orden a la militancia? ¿No se ve que es mandarla al sacrificio como, en efecto, se la mandó?). Este "liderazgo paupÉrrimo" se incluyó en la "lógica de guerra" de su bestial adversario al querer imponer su masividad en el acto. Pregúntenle a la colla que se había venido desde Lules "para verlo al General". Pregúntenle si quería algo más que eso y desearle que viviera 200 años. No dudo que los grandes cerebros de Montoneros habrían pensado que no era más que una colla ignorante y que no tenía la más puta idea acerca de la liberación nacional y social de la patria, de la revolución. De la necesidad de mostrarle a Perón el poder de la Tendencia. ¿Cuánta gente hubo en Ezeiza como esa mujer, cuánta entre 2 millones y medio de personas? A los que se les ordenó ir "a copar el palco" se les ordenó ir a la muerte. Sin nada, además. Desarmados. Carne de cañón, infantería desdichada, víctima de los planes napoleónicos de los estrategas de la Orga. En Ezeiza hubo muchos jefes de organizaciones armadas. El Kadri, desde luego. Pero también Perdía y Vaca Narvaja. *Nadie vio a Firmenich*. Hace mucho que pienso estas cosas y con la misma bronca. En 1986, cuando tenía mi columna en la revista *Humor* (cuando todavía vivía Cascioli, de quien nos despedimos con gran dolor recientemente), escribía: "La Tendencia marchó a Ezeiza enmarcada en una lógica del enfrentamiento. Había que crear un hecho político: el copamiento de los trescientos metros tenía ese sentido. Ante el avance de la derecha –que se había expresado en la destitución de Galimberti y en la ausencia de representantes de la Jotapé– había que mostrarle a Perón quiénes eran el pueblo, quiénes movilizaban a los peronistas.

"La dirigencia montonera decidió copar el acto con la militancia. Se dirá: los militantes son parte del pueblo. Nadie lo niega: lo son. Pero hay una diferencia. Un militante responde a la estrategia de una organización. Puede actuar sobre el pueblo y organizarlo. Pero también puede marginarse del pueblo si no lo interpreta. El pueblo no fue a Ezeiza a ocupar los trescientos metros; fue a recibir a Perón. No fue a copar un acto, fue a darle un contenido.

"En cuanto a las armas, ya casi no quedan dudas: la Tendencia no fue armada. Llevaban, en todo caso, armas de escaso calibre. Y las llevaban sólo los custodios de las columnas. Hay un motivo: la Tendencia no iba a un enfrentamiento armado. No había elegido ese terreno de lucha. Había decidido librar el enfrentamiento con la masividad, con la militancia, con la movilización.

"También hay un motivo para esto: querían mostrarle a Perón que eran la mayoría, que eran los brazos de la liberación, que eran el verdadero poder, el del pueblo. Que marcharan al enfrentamiento a pecho descubierto, después de haber comprobado en José León Suárez el irracionalismo asesino de la derecha, es otra prueba del desprecio por la vida que la conducción exhibiría luego hasta límites inconcebibles. Pero no les importó: morir por el copamiento de los trescientos metros les debió parecer a los organizadores del operativo una muerte heroica" (JPF, *López Rega, la cara oscura de Perón*, ed. cit., pp. 109/110).

¿Nada sabía la conducción de Montoneros sobre Osinde? ¿Nada sobre López Rega? ¡Hubo milicianos de la OAS en el palco de Ezeiza! ¿No se sabía que la OAS asesoraba tanto al Ejército Argentino como a la derecha peronista? Supongo que también debían ignorar por completo el arsenal de armas ultramoderno que López Rega ya había hecho entrar en el país. De esto, ni idea. Yo, de pura casualidad, me enteré (años después: en 1987) de algunos detalles y, sobre todo, pude ver esas armas.



INTIMIDADES DE UN MERCENARIO

En el noreste (cerca de la frontera con Bolivia) se rodaba una coproducción argentino-norteamericana; requería muchas armas, stunts y hasta actores decididos a darse unas cuantas piñas si el director lo necesitaba. Yo tenía ganas de tomarme un descanso, tenía muchos amigos laburando en la peli, les pedí que me invitaran y me fui para ahí. Casi, en los comienzos, hubiera podido hacer el guión, pero algo me lo impidió. De modo que me consideraban un poco parte o un buen amigo del proyecto. Salió mala la peli pero su filmación tuvo alternativas de todo tipo. Suele ocurrir, la peli sale mala pero para algunos resulta inolvidable. Hasta pueden conocer en ella a la mujer de su vida. Era –insisto– una peli de mucha violencia, de muchos tiros. Necesitaba armas e instructores para las escenas de acción. A uno de ellos (no eran más que dos) le diremos Gustavo. Era un tipo muy alto, muy fornido y muy simpático. Vestía su uniforme de comando. Nadie le daba mucha bola. Lo llamaban cuando hacía falta. El otro desocupado era yo. Nos hicimos "amigos". Para mí era una buena oportunidad de tirarle la lengua a uno de estos personajes. Le pregunté cómo se formaba un comando.

–Lo primero que tenés que hacer es dormir con un cadáver al lado. Toda la noche.

–Ajá –impertérrito, con cara de "me banco lo que sea".

–Después te meten en un pozo con un cadáver también. Apenas si entrás. El cadáver se tiene en pie porque no tiene espacio para caer. Así, otra noche. Después, lo más importante: tolerar el dolor. Lo esencial de un comando es tolerar y –atención a esto, eh– *conocer* el dolor. Si vos no conocés el dolor no sabés qué le estás haciendo al otro cuando lo hacés sufrir. ¿Entendés? Para saber lo que sufre el otro primero tenés que sufrir vos. Conocer a fondo el sufrimiento. Si no, cualquier hijo de puta empieza a los gritos y vos creés que lo estás matando y no. Es puro teatro. "A mí no me vas a joder", le decís. "Yo sé lo que duele esto. Todavía te falta mucho para empezar a sufrir." Y seguís.

–Seguís... qué.

–¿Cómo qué? Buscando la información que necesitás.

–¿Y eso no es torturarlo?

–Perdoname, nosotros no usamos esa palabra. Cuando yo hago sufrir a un tipo para sacarle información no lo estoy torturando. Estoy haciendo tarea de inteligencia. Mirá, igual ahora no hago eso. Hago cosas más divertidas. Organizo fines de semana para empresarios. Un gran negocio. Empezaron los yanquis, claro. Son los más grandes en esto.

–¿Y cómo es eso?

–Tiene un éxito espectacular. No lo vas a creer. Los tipos quieren pasarla mal. Como la pasan bien toda la semana y casi siempre. Como están llenos de guita, de minas, como tienen los mejores coches, yates, quieren algo distinto. Nosotros se lo damos. "Pase un fin de semana en un campo de concentración."

–Me estás jodiendo.

Gustavo se echa a reír. Tiene una risa seductora. Una boca llena de dientes grandes y blancos. Está tostado por el sol del norte argentino. Y ese uniforme de hojas verdes que se amontonan y se cruzan le queda bárbaro. Usa también un quepi de soldado mercenario. Se afeita bien, se lo nota extremadamente limpio.

–No, viejo. No te jodo. Nosotros les armamos el campo. Lo estudiamos bien. Siempre nos basamos en los alemanes. Para eso, los mejores. Les hacemos *Dachau*, ponele. O *Treblinka. Auschwitz* no. Da muy judío. No les cae bien. Quieren sufrir pero no quieren ser judíos. Llegan el viernes a la noche. Los metemos en las barracas. Y ahí empieza la joda. Te ahorro los detalles. Pero cuanto mejor los hacemos sufrir más contentos quedan y mejor te pagan. Igual, el servicio es carísimo.

No indagué más en esta cuestión. Parecía un delirio del tipo. Pero el boludo es uno porque se niega a creer que estas cosas existen, que son reales. Y tienen que serlo. El masoquismo es uno de los grandes negocios de este mundo y el masoquismo que vendía Gustavo era de alta calidad, ingenioso y, sin duda, extremo. Le pregunté por las armas que se usaban en la película.

–¿De dónde las sacás?

–Negativo. Pero vení, te las muestro.

Me lleva a su habitación. Hay un enorme placard. Me muestra todo tipo de armas. Nada lo entusiasma mucho. De pronto, dice:

–Preparate.

Del último cajón saca una metralleta sensacional. Yo no sé un pito de armas pero advierto que *eso* es una joya de la industria de la muerte. Me la da.

–¿Qué te parece?

–Alucinante.

–Con eso hacés una masacre en menos de un minuto. –Y luego, con gran naturalidad, dice–: Entraron con López Rega.

Me quedé frío. Con López Rega. El payaso. El brujo umbandista. El criado de Perón. El tipo al que la Tendencia se pensaba devorar en menos de un mes. El que les dio estas armas a los mercenarios franceses y a Osinde para que hicieran fuego desde el palco. Gustavo la guardó. Como si fuera una joya inapreciable. Y tal vez lo era. De pronto, pensé: "¿Cuántos muchachos de la Jotapé habrán caído bajo el fuego de esta metralleta exquisita, posesión de pocos, de los poderosos de este mundo, de la derecha, del poder?". Eran, sin más, los artefactos espléndidos que las grandes fábricas de armas elaboran para mantener el poder del gran capital en el mundo. ¿Contra esto marcharon los pobrecitos que fueron a copar los 300 metros? ¿Contra esto los mandaron sus conducciones? ¿No tenían la más puta idea del armamento de López Rega? ¿Sabían algo de López Rega? ¿Sabían que la OAS asesoraba al Ejército Argentino desde 1957, ya que entraron con Aramburu? ¿En qué creían? ¿En ese argumento demencial del Comandante Guevara, esa supravaloración del miliciano de la guerrilla juvenil que lo tornaba invencible? "Son todos mercenarios", le había dicho a Osvaldo Bayer cuando éste le planteó el poder de las fuerzas represivas en la Argentina. "Son todos mercenarios." O sea, nada pueden contra la voluntad revolucionaria de los jóvenes combatientes de la guerrilla. Contra la teoría del foco que galvanizará a las masas. Pero Ezeiza no fue la "teoría del foco". Fue un combate al que se arrojó a las masas. Se las arrojó hacia las más sofisticadas armas de un enemigo sanguinario, que los masacró. Santucho, en julio de 1976, admite que se equivocaron en subestimar la capacidad de las Fuerzas Armadas (Ver: Pilar Calveiro, *Poder y desaparición*, ed. cit., p. 19). Pero dice que esa subestimación se dio en el momento del golpe. No, se dio siempre. Los movimientos guerrilleros pudieron creerse poderosos y con derecho a enfrentar a las Fuerzas Armadas en tanto formaban parte del movimiento peronista que, bajo la conducción de su líder exiliado, marchaba hacia una victoria ineludible por contar con un enorme apoyo de diversos y amplios sectores sociales, sobre todo los pobres, los obreros, los perseguidos desde 1955. Luego, marginados de esa ola, de esa marejada que galvanizó al país, la lucha directa de aparato contra aparato era inútil y suicida. Además, la guerrilla, al margen de las masas, se ilegitima de inmediato. Salvo que se crea la iluminada vanguardia que conoce las "leyes de la historia" y ese conocimiento la autoriza a marchar al frente e indicar el camino a quienes con frecuencia no la siguen. Es decir, a nadie.

Gustavo cerró el placard. Salimos. Nos sentamos por ahí. Se le dio por mostrarme algunas fotos. De la familia. De algunos amigos. De alguna novia. Y una en la que estaba con otros mercenarios. "Aquí estoy en Angola", dice. Su cara no estaba en la foto. El sí: erguido, con un brazo por sobre otro compañero. Pero se había recortado minuciosamente la jeta. Era él y no era él. Al rato estábamos hablando de Malvinas.

–Grave error, che. Grave error –dice Gustavo–. Fortunato se equivocó. Había que tocar y volver. Nada más. Ésa ya era la victoria. Pero te voy a decir lo que pasó. Lo que llevó todo a la mismísima mierda.

Se detiene. Me mira. Lo miro. Es terrible: pero es un tipo agradable. Tiene familia, hijos, los llama por teléfono. Les habla con tono marcial:

–¿Todo bien por ahí? Por aquí también. Satisfactorio.

Y ahí cuelga el teléfono.

–Lo que cagó todo, pibe. Lo que nos hundió en la derrota... *Fue el balcón*. Oíme bien, a Fortunato lo perdió el balcón. Ahí se la creyó. Y ahí perdió. Por un lado, te demuestra que los militares son humanos. Se equivocan, son orgullosos. Pero por otro te demuestra que son tan pelotudos como la mayoría de los gilastros que andan por ahí. Yo me retiré, pibe. Ahora hago negocios. ¿No te gustaría pasar un fin de semana en Dachau?

No lo vi más.

EL COPAMIENTO DEL ACTO Y LA LÓGICA DEL ENFRENTAMIENTO

Nos vamos a detener en la versión que, de Ezeiza, ofrece Roberto Perdía, de la conducción de Montoneros en esa precisa jornada. Empieza señalando las indefiniciones del gobierno de Cámpora. Aceptado, ya hablaremos de eso. Señala luego los *dos lados* en que reside el enfrentamiento del peronismo: "Por un lado quedarían las voluntades de una juventud que pretendía construir una sociedad sobre nuevos moldes y sectores sociales; por el otro la 'sensatez' de reconstruir lo 'viejo'" (Roberto Perdía, *La otra historia, testimonio de un jefe montonero*, ed. cit., p. 166). Esta contradicción –cree– habría de resolverse en Ezeiza. ¡Pavada de problema había derivado hacia un acto festivo y popular al que asistieron más de dos millones de personas! Sigamos, la cosa empeora. Confiesa claramente (como Firmenich): *"Confiamos toda nuestra fuerza a la suerte de la movilización multitudinaria"* (Perdía, *Ibid.*, p. 166. Cursivas mías). Continúa: "Pero las cosas no fueron así, en lugar de concretar esa gran ofensiva, a partir de ese día comenzó nuestro retroceso" (Perdía, *Ibid.*, p. 167). Pero, ¿qué fueron a hacer, Perdía? ¿Qué buscaba tu organización, qué pensaban conseguir mostrándole al Viejo que eran los que más gente juntaban, los que más movilizaban, para qué la lucha por acercarse tanto al palco? "Ezeiza (dice Perdía) fue una gigantesca asamblea. Allí estaban, reunidos, uno de cada tres votantes peronistas. Querían homenajear a su Líder, pero también querían hacer oír *–en una expresiva demostración de democracia directa–* qué esperaban que se hiciera con el voto que habían dado" (Perdía, *Ibid.*, p. 168. Cursivas mías). Tanto Firmenich como Perdía no entendían al peronismo. *El peronismo no tiene nada que ver con la asamblea.* Nadie, nunca, fue a la Plaza a discutir políticas con el líder del movimiento. Para eso se tiene un conductor. Una asamblea la puede tener un partido político republicano. El peronismo –bajo Perón y también bajo Eva– nunca lo fue. Fue un movimiento popular. Las masas no iban a ver a Mao para discutir "en asamblea", "en democracia directa", sus directivas, iban a exhibirle su adhesión. Cuando un movimiento tiene un liderazgo tan fuerte, la reunión en el ágora tiene un mecanismo muy simple, que el peronismo supo darle: se va a escuchar la palabra del líder, a confirmarle (con la presencia masiva) que se está con él y a compartir ese hecho con los restantes compañeros. Esta idea jacobina que los Montoneros pretenden aplicar a Ezeiza y al 1º de mayo del año siguiente es totalmente a-peronista. ¡Más aún el 20 de junio, en Ezeiza! Nadie iba a una asamblea. Esto es no saber nada de nada. Es estar en una nube de flatulencias táctico-estratégicas. "El encuentro del Líder con su pueblo sería nuestro triunfo" (Perdía, *Ibid.*, p. 170). Error: ese encuentro se iba a dar sin el esfuerzo de ustedes. Es cierto que movilizaron mucha gente. Es cierto que muchos se conmovieron al ver pibes de Salta y de Jujuy bajar de los camiones al grito de "Montoneros". Pero era porque todavía se suponía que ustedes iban a plegarse a la movilización. Que se habían dado una política de superficie. Que llevaban a la gente –en efecto– al encuentro con su líder. Pero no: la llevaron para copar el acto. Con una finalidad político-estratégica. Medio país fue a Ezeiza. Nada hacía prever un desastre. Todos iban tranquilos, contentos. No había represión ese día, como la hubo el 17 de noviembre. Era un día de sol, de esos que suelen llamarse "peronistas". Sobre todo por los peronistas. Pero está bien: es un genuino invento del peronismo. Cuando un movimiento moviliza tanta gente y el día es cálido, luminoso, bien puede ponerle su nombre a ese día. Nadie, nunca, jamás, en la puta vida un dirigente político argentino llevo hacia sí tal cantidad de seres humanos. Esto vale para otra clase de obcecados (por decirlo suave): los que dicen que la juventud peronista se equivocó

con Perón. Los de la teoría de "los boludos". ¿Hubo, entonces, tres millones de boludos? ¿O cuatro como dicen algunos? La Jotapé no era tan multitudinaria. Lo que había que entender ese 20 de junio (si se entendía algo de política y de la historia de los pueblos) es que todos esos que marchaban por la Richieri iban en busca de una alegría, en busca de alguien que era un mito creado por sus enemigos, alguien a quien habían escuchado injuriar durante 18 años y de cuyo gobierno muchos tenían buenos recuerdos o estaban arrepentidos de haberlo enfrentado. Volvía lo imposible. Lo que jamás iba a volver. Tenía que empezar otro país. Otra etapa. Se sentía en el aire que algo cambiaba. No se construye porque sí una mitología como la del avión negro. Negro es el color de lo maldito. De lo prohibido. De lo execrado por el poder. Severino Di Giovanni se vestía de negro. Es el color de lo temible. De la noche. De lo que asusta. De los vampiros y de los cementerios. Los SS se vestían de negro porque querían encarnar el Mal. Pocas cosas tan fascinantes como el Mal. Por el Mal existe la historia humana. Por la desobediencia. Por Eva. Por la serpiente. Por el Angel Caído. No habría historicidad sin pecado. Todo eso volvía. O si no, sin vueltas: volvía Perón. Volvía el Viejo. Volvía ese tipo al que odiaba la peor argentina: la de los oligarcas, la de los ricos, la de los patrones, la de los milicos. Por eso se contaron por millones los que fueron a buscarlo. Les habían dicho que era nazi, que había torturado, que había robado, que había fornicado con adolescentes, que se lo habían culeado boxeadores negros, que era cobarde, demagogo, que se había casado con una puta, que había arruinado la educación argentina, que era un tirano, que... ¿qué más? Nada servía ya. "Perón y asunto arreglao." "Habíamos apostado todo a una carta, la del pueblo en la calle", dice Perdía (p. 170). El pueblo ya estaba en la calle. Yo supe de muchísima gente que fue suelta. Yo fui con Conrado Eggers Lan, que era el director del Departamento de Filosofía. Fuimos junto con Ariel Sibileau, un querido compañero de la carrera y un erudito en filosofía. Fuimos los tres. Por las nuestras. Y así, miles. ¿De qué pueblo hablás, Perdía? ¿Sólo ustedes eran el pueblo? No te niego algo: *Sólo ustedes se proponían copar el acto*.

Es absurdo y patético contentarse con decir que los Montos no pensaban matar a Perón como acusó la derecha fascista. Por supuesto. ¿Cómo iban a querer matar a Perón si fueron a mostrarle que debía entregárseles, ser de ellos? "¿Ve, General? Este es el pueblo. ¿Ve qué banderas levanta? Las nuestras. Qué canticos canta. Los nuestros. Qué patria desea, la socialista". Para que el general viera eso había que copar los 300 metros frente al palco. Matarlo, nunca. Convencerlo de que la Tendencia era, sin más, el pueblo peronista, sí. Escribe Miguel Bonasso: "Ambas organizaciones (FAR y Montoneros, JPF) se proponían vencer 'políticamente' y eludir el enfrentamiento militar, que (muy probablemente) sería buscado por 'el lopezrreguismo' y la 'burocracia sindical'. No vamos a llevar 'largas', anunciaban los jefes en los días previos. Los responsables de la organización, que irían acotando las distintas columnas, llevarían 'cortas' para defenderse, en último extremo y sólo si resultaban atacados. Por cualquier medio había que tratar de no caer en provocaciones. Los cuadros medios e inferiores tenían dudas: ¿cómo evitar el ataque? Por medios políticos, con el peso arrollador del número. Con la metodología que había dado resultado el 25 de mayo.

"Contradictoriamente, se planteaban una serie de movimientos con las 'agrupaciones' y los 'frentes de masas' *para tener una presencia determinante frente al palco. Que era lo que el otro bando iba a tratar de evitar*. Y no con 'cortas', precisamente" (Bonasso, *ob. cit.*, p. 706). Este texto de Bonasso explicita todos los errores de la conducción de la Orga. Primero: nosotros somos los buenos. Sólo llevamos armas cortas. Y para defendernos si somos atacados. No hay que caer en provocaciones. Los cuadros medios e inferiores (que seguramente sabían hacer política mejor que la conducción) se preocupan: ¿cómo evitar ser atacados? Bonasso responde: 1) Por medios políticos; 2) Con el peso arrollador del número; 3) Con la metodología que había dado resultado el 25 de mayo. Empecemos por (3). El 25 de mayo no es el 20 de junio. Nadie enfrentaba a la Jotapé. Se adueñaron del acto con entera facilidad. Fue todo el país. No había bandas fascistas. Se divirtieron hasta con los tanques del general Pomar pintándoles lo que se les cantara. Todo fue una fiesta. *López Rega no estaba decidido a actuar*. Perón no venía, no volvía. O sea, es una mentira o un autoembuste eso de la metodología exitosa del 25 de mayo. Salvo en un punto, y desdichado: los Montos quedaron agrandados después del 25. Ellos eran los protagonistas y tenían el supremo derecho de compartir la conducción con Perón. El delirio que permite entender muchas cosas es éste: *Conducción, conducción/ Montoneros y Perón*. Que, ya sabemos, por esas cosas de la rima pone a los Montoneros delante del viejo líder. La idea de la conducción que debía estar preparada para reemplazar a Perón en caso de su posible y ya cercana muerte obsesionaba a la conducción Montonera. ¿Quién les había dicho que Perón aceptaría compartir la conducción? Aquí falló Jorge Antonio. Porque si le dijo a Perón que no conocía "a los muchachos" debió haberles dicho a "los muchachos" que no conocían a Perón. Había un mal conocimiento de las dos partes. Perón ignoraba la tozudez, la terquedad de los Montoneros. Y los Montoneros ignoraban la egolatría, la megalomanía, el *God complex* (como dicen los norteamericanos: "el complejo de Dios") de Perón. Ahora bien, el que aquí tenía más motivos para sostener su posición era el líder, el Padre Eterno. Era Perón. No sé qué se creería Firmenich, pero él (y toda la Orga) parecía desconocer que todo lo que habían conseguido lo habían hecho en nombre de Perón. Incluso la misma gente que ellos llevaban a Ezeiza iba antes por Perón que por ellos. No había política revolucionaria en la Argentina de 1973 al margen de Perón. Las masas eran peronistas, no montoneras. El pueblo era peronista. Lo venía siendo desde muchos años. Perón tenía razón en sentirse el líder y querer la conducción para sí. ¿Por qué la iba a compartir con esos pendejos alborotadores e infatuados? Pero los montos le querían imponer esa decisión: aquí vamos a conducir usted y nosotros. De aquí la idea de *copar* el acto. "Vea, General, toda esta gente es nuestra. O se recuesta en nosotros o se queda solo."

El punto (1), el que responde que evitarían ser atacados "por medios políticos", es ya un disparate. ¿Cuáles eran los "medios políticos"? "El peso arrollador del número." ¿No leyeron a Cooke? Cuando el peso del "número" es "político y arrollador", el número se transforma en fuerza. Eso logró la Tendencia: hizo de su número su "fuerza". Eso vieron los fachos del palco: una fuerza que avanzaba sobre ellos. Una fuerza que coparía todo. Que los anularía. Que deslumbraría a Perón. Una fuerza que desplegaría cientos de enormes carteles con la palabra *Montoneros*. Había que impedirlo. Como mercenarios que eran, como asesinos profesionales, hicieron lo que mejor sabían: fuego a mansalva.

¿Qué esperaban los Montoneros que hicieran los del palco al ver la marejada humana que se les venía encima? ¿Qué esperaban que hiciera la *Comisión organizadora para el regreso definitivo del General Perón a la Patria*? ¿No sabían que la Jotapé había sido excluida de esa *comisión*? ¿No sabían que a Galimberti le habían cortado la cabeza en Madrid y que ése había sido un triunfo de la derecha en toda la línea? ¿No recordaban que en el acto en José León Suárez los de la *Juventud Sindical* tiraron a matar? ¿Ignoraban que la Comisión estaba compuesta por Jorge Osinde, José Ignacio Rucci, Juan Manuel Abal Medina, Lorenzo Miguel y Norma Kennedy? ¿Ignoraban que Abal Medina (el único sensato de la Comisión, el único que los respetaba y los quería) andaba en una silla de ruedas por un misterioso "choque" que había sufrido con su auto días atrás? En suma, la consigna de *copar el acto* fue una consigna de enfrentamiento, de choque, de quitarle espacios al enemigo, una guerra de posiciones y un envío de la propia tropa a una matanza segura. ¿Qué se hubiera debido hacer? Muy simple: sólo Firmenich y Cía. podían ignorarlo. La Jotapé debió ir a Ezeiza acompañando al pueblo, como parte de éste. Como parte de los 2 millones y medio de personas. Sumarse a la fiesta popular. Ir al acto con todos, no como la organización que va a coparlo. Analizar a fondo la composición del palco. Advertir que jamás les permitirían copar los 300 metros sin que se desatara una masacre. Ante esto, no aceptar ni provocar el estallido de la violencia. Permanecer incluso entre las masas, formando parte de ellas, con carteles pero sin copar nada. Insisto: ir a copar un acto es ir a una lucha, a un enfrentamiento. A la guerra. Esa actitud habría evitado el desastre. Perón habría aterrizado y el día habría sido lo que debió ser: un día de júbilo popular. Entonces... Después del 20 de junio buscar el diálogo con Perón. Establecer ese diálogo y en él pedirle su asistencia a un gran acto de masas convocado por la Jotapé. Y ahí sí: llevar a toda la militancia. Tenían algo de esto en la cabeza porque fue lo que dijeron después de la reunión de Gaspar Campos, en julio, cuando, por fin, Perón los recibió. Desde los altoparlantes de algunos camiones se anunciaba: "El general Perón prometió asistir a un acto organizado con toda la capacidad movilizadora de la Jotapé". Falso, o mentían o Perón les había mentido. De todos modos, mintieron apenas salió *El Descamisado* y recortaron la foto que se habían tomado con Perón. Recortaron a Lastiri y López Rega. ¿Qué pensaban de los militantes? ¿Que eran todos impecables, perfectos boludos?

PERÓN: "ES MUY TARDE PARA MÍ Y MUY TEMPRANO PARA USTEDES"

El verdadero "apriete" al Viejo habría sido no arruinarle el acto de Ezeiza y luego –con la legitimidad intacta, sin "cuestionamientos" encima– pedirle un acto para la Jotapé. "Un acto con usted y para usted, General." Pero nada de esto sucedió. Pudo más el deseo de imponerse a la derecha, de mostrarle (de entrada nomás) al General el poder de movilización de la Tendencia y luego empezar la guerra de facciones desde el papel de la víctima. Perón, enfurecido, fuera de sí, pronuncia, al día siguiente de Ezeiza, su discurso de la "etapa dogmática": "Somos lo que *Las 20 verdades peronistas* dicen". Se sacaba la máscara. Era un viejo autoritario, dictatorial, jodido, amigo de sus viejos amigos, gustoso entre tipos como Osinde y López Rega. Ya lo analizaremos: el discurso fue terrible. Menos para el conductor montonero Roberto Perdía. A él le sonó hasta casi suave. Al menos lo que escribe pareciera transparentar eso: "Al día siguiente habló Perón. Lo sentimos alejado de la actualización doctrinaria, el trasvasamiento generacional y el socialismo nacional; y próximo –en cambio– a los mensajes del peronismo tradicional" (Perdía, *Ibid.*, p. 171). Mirá vos, ¿cómo te diste cuenta?

Si nos detenemos un instante, si reflexionamos cuidadosamente ciertos elementos, hay algo que surge como un dato doloroso y probablemente determinante de muchos hechos que tejieron la trama de la gran tragedia. Se habrá notado que en nuestras descripciones de la Tendencia hablamos a menudo de la inmadurez, de las decisiones vanguardistas, del iluminismo, de la soberbia. Y en nuestras descripciones de Perón, de sus dobles mensajes, de ciertas actitudes inexplicables, de su próstata, de la operación de febrero del '73, de ese adormecimiento súbito que no pudo contener en tanto Abal Medina le hablaba, en suma, de su condición de hombre viejo. Si unimos –con una visión algo piadosa de los hechos– los dos elementos: la juventud de la Tendencia y la vejez del líder comprenderemos una anécdota muy honda que cuenta Fernando Solanas haciendo mención a un día en que, caminando por el parque de la quinta 17 de Octubre (a propósito de la filmación de *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder*), Perón le dice: "La tragedia de esto es que es muy tarde para mí y muy temprano para ustedes" (Galasso, tomo II, ed. cit., p. 1091). La tragedia era aún más profunda. Porque no sólo era la de la vejez de Perón para mantenerse en el poder y la juventud de la Tendencia para tomarlo, sino la de la imposibilidad de ambos para entenderse, para poder caminar al mismo ritmo. Porque el líder está viejo y se aferra a las veinte verdades y los jóvenes son muy jóvenes y quieren tomar el cielo por asalto.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

¡¡¡Ezeiza!!! (III)